

Entre el cielo y el Mictlán. Imaginarios de la muerte en el Panteón Xilotepec

Janet Valverde Montaña

Escuela Nacional de Antropología e Historia, INAH

RESUMEN

El presente artículo tiene el objetivo de compartir algunos resultados de mi tesis doctoral sobre los imaginarios de la muerte actuales en la demarcación territorial de Xochimilco. En esta localidad confluye el imaginario de la muerte nahua con el catolicismo, generando variaciones en la forma de interpretar la defunción y de ejecutar los ritos funerarios, en una sociedad que se va haciendo más compleja al ser receptora de migrantes nacionales y extranjeros con costumbres propias, quienes son considerados *xochimilquenses*.

Palabras clave: imaginario de la muerte, identidad cultural, cosmovisión nahua, catolicismo practicante, catolicismo cultural, ritos funerarios.

ABSTRACT

This article aims to share some results of my doctoral thesis on the current imaginary of death in the territorial demarcation of Xochimilco, where the Nahuatl imaginary of death converges with Catholicism, generating variations in the way of interpreting death and perform funeral rites, in a society that is becoming more complex as it receives national and foreign migrants with their own customs, for which they are considered Xochimilquenses.

Keywords: imaginary of death, cultural identity, Nahuatl worldview, practicing Catholicism, cultural Catholicism, funeral rites.

El Panteón Xilotepec, ubicado al sur de la Ciudad de México en Xochimilco, es un cementerio de grandes dimensiones que es frecuentado diariamente por personas con distintas motivaciones, lo cual fue una sorpresa para mí, ya que pensaba que la tradición indicaba que sólo se realiza la visita al camposanto el Día de Muertos, o cuando tienen lugar ritos funerarios. Esto me llevó a cuestionarme ¿cómo son los imaginarios de la muerte en la actualidad? ¿De qué forma ha impactado la diversidad cultural y religiosa? En este sentido, Xochimilco, por un lado, es percibido como patrimonio de la humanidad, por el reconocimiento que en 1987 otorgó la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), y que fue ratificado en 2006, considerándolo como un pueblo originario que preserva su memoria cultural a través de sus chinampas y de las fiestas católicas que celebra todo el año. Pero, por otro lado, desde mediados del siglo XX ha recibido población migrante de diferentes regiones de México y el extranjero, que en algunos casos, ha formado vínculos familiares con los xochimilcas, por lo que las costumbres de los *xochimilquenses* también forman parte de esta sociedad compleja.

El presente estudio se basa en una metodología cualitativa mixta que inició con trabajo de campo en las instalaciones del Panteón Xilotepec, entre agosto de 2019 y octubre de 2021, con el objetivo de identificar el ciclo anual de los rituales fúnebres. Es importante mencionar que en mayo de 2020, el panteón fue cerrado al público debido a la implementación del protocolo sanitario debido a la propagación de la pandemia de Covid-19, contemplándose con ello una fase de observaciones en la página de Facebook “Panteón Xilotepec, La Noria Xochimilco”, donde se contactó con visitantes del cementerio originarios y alocados en esta antigua zona lacustre. En total se obtuvieron 15 entrevistas en profundidad semiestructuradas aplicadas en persona y en línea en las que se abordaron tópicos como: los rituales funerarios privados y públicos, el destino de las entidades anímicas, la elección personal del ritual funerario y la relación entre los deudos y sus ancestros fallecidos. Las entrevistas fueron grabadas y transcritas en una matriz para un análisis comparativo e interpretativo desde la antropología de la religión, generando la clasificación: católicos practicantes, católicos culturales, evangélicos y espirituales.

Respecto de la bibliografía que ubiqué específicamente sobre el panteón y sus visitantes destaca *La Fiesta de los Muertos en Xochimilco* (2019), coordinado por Carlos Mendoza y Víctor Rosas, y editado por el Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas (INPI) como parte del apoyo a los pueblos originarios de la Ciudad de México. En este libro se rescatan valiosos testimonios de artesanos, promotores culturales, líderes comunitarios, productores de diversas mercancías asociadas a los días de Muertos en

los 17 barrios y 14 pueblos originarios que constituyen la demarcación territorial de Xochimilco, documentando brevemente una diversidad de prácticas culturales, entre ellas las costumbres funerarias y una reseña del Panteón Xilotepec, la cual se basa en el Archivo Histórico y Hemeroteca de Xochimilco y el texto de Ethel Herrera, *Restauración integral del Panteón de Dolores* (2007). Araceli Peralta también expuso brevemente algunos aspectos del Panteón Xilotepec como parte de la arquitectura funeraria de la demarcación, basándose en la tesis de Herrera, en donde se mencionan algunos datos generales del panteón de Xochimilco.

Como es notorio, la bibliografía sobre el Panteón Xilotepec y el imaginario de la muerte de quienes lo visitan es sucinta, por lo cual resultó una oportunidad para generar conocimiento desde la perspectiva de las ciencias antropológicas.

Contexto histórico

El área geográfica de Xochimilco ha sido ocupada por distintos grupos de migración *nahuatlaca*, que iban del norte al centro de México, entre ellos los xochimilcas, quienes se asentaron en el Posclásico temprano (900-1200 d.n.e) (Peralta, 2011), practicándose por ello una variedad de matices entre los grupos culturales nahuas. En 1521 perdieron la batalla frente a las tropas de los invasores ibéricos, con lo cual su cultura se vio reconfigurada frente a la colonización en todos los aspectos de la vida. En 1523 se inició el proceso de evangelización de los barrios y pueblos encabezado por los frailes Pedro de Gante y Martín de Valencia, quien en 1535 dio inicio a la edificación del convento franciscano y templo de San Bernardino de Siena sobre el Cue Tlilan, un importante centro ceremonial xochimilca dedicado a Cihuacóatl (Peralta, 2011).

Los franciscanos, que profesaban un voto de pobreza, fueron bien aceptados por la comunidad, y por eso fueron apoyados en el financiamiento de las obras; en el caso del APOCHQUIYAUTZIN, señor de Tepetenchi,¹ éste cedió sus propiedades para la construcción de templos en la demarcación y la comunidad participó con mano de obra.

En San Bernardino de Siena se llevaron a cabo ceremonias multitudinarias para la administración de los sacramentos debido a que, en la filosofía franciscana, era apremiante evangelizar a la mayor cantidad de almas posibles para poder incluirlas en el Reino de Dios; no obstante, este tipo de conversiones fueron juzgadas de superficiales por las órdenes religiosas que arribaron más tarde, como los dominicos. De esta manera se fue forjando un catolicismo desde la lectura de un pueblo nahua xochimilca.

¹ Una de las tres parcialidades de Xochimilco.

El compromiso entre pueblo e Iglesia se vio fortalecido por las cofradías y capellanías que se encargaron de organizar la economía para obras de beneficencia, actos devocionales, promoción de la vida cristiana, así como la tarea de rezar para que las ánimas del purgatorio cumplieran con una estancia corta (Reina, 2011). Dado que tenía libertad en la organización dichas figuras, la Iglesia se volvió una parte fundamental para la estructura cultural xochimilca y comenzó a encargarse de las fiestas patronales y de las procesiones.

Los ritos funerarios católicos homologaron la inhumación en los camposantos y templos como norma para preservar el cuerpo para la resurrección, por lo que en el atrio y en el templo de San Bernardino fueron sepultados los *pipiltin*,² como se puede apreciar en una lápida en la fachada principal “[...] con fecha de 1567 y cuyo epitafio está escrito en náhuatl” (Peralta, 2020), así como personajes destacados de la élite novohispana. Sin embargo, no siempre se pudo seguir el protocolo funerario, pues la muerte relacionada a epidemias, guerras y desastres ecológicos estuvo presente durante el virreinato repercutiendo en la reconfiguración de la sociedad xochimilca. Entre 1576 y 1577, Xochimilco fue arrasada por la epidemia de *cocoliztli*, con un segundo brote de 1601 a 1602. De 1603 a 1605 la muerte y las enfermedades fueron producidas por fuertes inundaciones, mismas que se repitieron de 1606 a 1607. En el periodo de 1615 a 1616 se vieron afectados los pobladores por la sequía y la hambruna, y en 1644 nuevamente las inundaciones causaron hambre y carestía.

Finalmente, sería una época muy complicada la ocurrida entre 1784 y 1785, en la que se soportaron sequías, heladas, hambre y carestía (Pérez, 2003: 151-154). Todos estos eventos llevaron a una recomposición social, la cual terminó siendo mayoritariamente mestiza, católica y urbana debido al proceso de modernización encabezado por el presidente Porfirio Díaz. El centro de Xochimilco era entonces habitado por personas con las mejores condiciones económicas, cerca de la iglesia y de los jardines. Como parte del proyecto de modernización, en 1885, el cementerio fue clausurado y los monumentos mortuorios fueron destruidos, pero, como en diversos templos de la Ciudad de México, se continuó inhumando en el atrio a personajes distinguidos (Herrera, 2013), como lo evidencia una tumba que data de 1920 en San Bernardino. En cuanto al resto de la población, dadas la insuficiencia de espacios en los cementerios, era enterrado en sus hogares de acuerdo con el historiador xochimilca Melchor Soto (comunicación personal, 9 de diciembre de 2021).

² Plural de *pilli*. Nobles o gente de linaje nahua que regularmente se encargaban de asuntos administrativos, políticos y judiciales.

Fue hasta mediados del siglo XIX que se erigió el Panteón Xilotepec, como consecuencia de las Leyes de Reforma (Herrera, 2007); desafortunadamente, se desconoce la fecha exacta de su fundación debido a un diluvio que estropeó los archivos de registro, no obstante, las tumbas más antiguas documentan el año de 1893, según se puede observar en el primer lote del cementerio en la entrada por la colonia Huichapan.

El panteón está ubicado sobre la calle Mártires de Río Blanco, es conocido por los pobladores como *viejo o tradicional*, ya que inicialmente fue pensado para uso exclusivo de la población originaria. “[...] cuenta con 21,871 perpetuidades y tiene una capacidad para 34,065 sepulturas” (Herrera, 2007: 33). Tras el crecimiento de la urbanización y de la población que migró a Xochimilco desde la Ciudad de México y de diversas regiones del país, en el siglo XX fue necesario ampliar el panteón. En los años setenta fue edificada la “Rotonda de los personajes ilustres de Xochimilco”, gracias a la gestión del Patronato Fernando Celada Pro Mansión de los personajes ilustres de Xochimilco, A.C., considerándose entre los próceres locales el poeta Fernando Celada, los profesores José Farías Galindo e Isaías Morones, el periodista Adán Becerril, además de que fue erigido un monumento al pintor y escultor Francisco Goitia.

Al respecto, se construyó un acceso principal por la calle Antiguo Camino a Xochimilco y Prolongación Acueducto, en la colonia La Noria; actualmente comprende un área aproximada de 152 999.71 metros cuadrados, en la que existe una capilla, crematorios y salas de velación con acceso por la calle Prolongación de Acueducto. A esta altura se ubica el lote infantil, un segmento especial para este grupo etario, en el que destaca la decoración en colores brillantes, uso de globos, dulces y juguetes sobre las pequeñas tumbas.

Así, el Panteón Xilotepec quedó dividido en un área xochimilca y una segunda xochimilquense, categoría con la que identifican a los pobladores originarios de los vecindados, muchos de los cuales son propietarios de casas o departamentos que se han ido construyendo en lo que una vez fueron campos de cultivo. No obstante, las relaciones humanas, el matrimonio, el compadrazgo y la amistad fueron uniendo a familias xochimilcas con xochimilquenses, por lo que un deudo puede tener familiares en ambas zonas del panteón, o incluso, quienes tienen familia en diversos estados del país también suelen participar en ritos funerarios en esos lugares, cuando el infortunio así lo amerita. Una distinción entre xochimilcas y xochimilquenses, que es importante mencionar, es la identidad cultural que se expresa en la celebración de fiestas durante todo el año, tanto por motivos religiosos, para lo cual se baila la danza de los concheros o de los chinelos acompañados por música y cohetes en los distintos

barrios y pueblos, como por la celebración de los rituales de paso, para los cuales es frecuente que se cierren las calles para efectuar la festividad.

La fiesta estimula la producción y el comercio de productos con objetivos rituales, es fuente de motivación y alegría y estimula todos los sentidos; incluso, el sonido de los cuetes o de los grupos musicales que acompañan las peregrinaciones de los pueblos cercanos se contagia en un buen ánimo entre la población. En ese tenor, los xochimilcas cuentan con una extensa gastronomía para cada ocasión, ya sea una fiesta patronal, una boda o un funeral (Alemán *et al.*, 2018).

El ser *xochimilca* implica una conciencia histórica de un pasado en común, buscándose, por ello, el matrimonio con otros xochimilcas para seguir conscientemente el linaje y las tradiciones nahua-católicas. Incluso, algunas de las familias xochimilcas suelen expresar su identidad cultural mediante el uso de la imagen del Niño³, ya sea colocando un cuadro en el altar, o bien, un retrato esgrafiado en los cristales de alguna de las capillas en el Panteón Xilotepec, generalmente cuando fungieron como mayordomos.

Cabe destacar que el concepto de *identidad cultural*, de acuerdo con Olga Lucía Molano (2007), implica un “[...] sentido de pertenencia a un grupo social con el cual se comparten rasgos culturales, como costumbres, valores y creencias”. Por ello, algunos miembros buscan destacar sus raíces nahuas xochimilcas apelando a la descendencia y a la memoria cultural, principalmente la población que es hablante de náhuatl (8.5%) (Censo de Población y Vivienda, 2020). Cabe precisar que la identidad cultural, además de la lengua, toma en cuenta diversos aspectos de la cultura que son compartidas por el grupo; los xochimilcas, generalmente, manifiestan amor por la naturaleza, lo cual es compartido por diferentes grupos nahuas. Por el contrario, otras familias xochimilcas se sienten atraídas hacia identidades culturales occidentales, o bien, registran un proceso de conversión a distintas propuestas religiosas que les impiden su participación en las festividades católicas.

No obstante, al ser el catolicismo una parte estructurante de la cultura *xochimilca*, la mayoría de los ritos funerarios que se llevan a cabo en la demarcación corresponden al protocolo de la Iglesia de Roma, en una variedad de prácticas propias de los distintos barrios y pueblos.

³ “La palabra *Niño* es una forma abreviada de decir ‘niño padre’, ‘Dios padre’ o ‘hijo de Dios’, y *Niño-pan* se puede traducir como ‘niño del lugar’, porque la terminación náhuatl *pan* significa “dentro o en”, y denota territorialidad” (Peralta, 2004: 23). No se ha determinado su antigüedad, por lo que se contempla un rango de entre los siglos XVI al XVIII.

Debe destacarse que actualmente Xochimilco continúa siendo mayoritariamente católico; no obstante cuenta con una diversidad religiosa de practicantes, la cual se puede notar en el trabajo de campo en al menos dos formas de profesar el catolicismo: cuando se rige la vida de acuerdo con los mandatos de la fe, para lo cual se emplea el término *católico practicante*, y una segunda distante, en la que se participa principalmente de los ritos de paso, las fiestas religiosas y, en general, se practica un catolicismo que se basa en la estructura católica, en una interpretación propia, por lo que frecuentemente se incluyen préstamos culturales de distintos sistemas de creencias. Para este grupo, Elio Masferrer (2004) propone el término *católicos culturales*. En esta clasificación surgen los *espirituales*, es decir, aquellas personas que fueron endoculturadas en el catolicismo, y que al crecer y estar en contacto con diferentes propuestas filosóficas, religiosas o metafísicas, optan por añadir préstamos culturales libremente y construir sus creencias “a la carta”, ya que consideran que todas las propuestas religiosas son igualmente valiosas y no coinciden con algunos aspectos de los dogmas de fe, entre ellos, la discriminación de la diversidad sexual.

Un grupo en crecimiento es el de los evangélicos que, de acuerdo con Gisela Landázuri y Liliana López (2004), en Xochimilco se ramifica en diversas comunidades no católicas:

Las iglesias evangélicas: históricas (bautista, metodista, presbiteriana), pentecostales (Asamblea de Dios, Iglesia de Dios en la República Mexicana, Movimientos de Iglesias Pentecosteses Independientes, Iglesias Cristianas Interdenominacionales), y las iglesias cristianas no evangélicas (Luz del Mundo, mormones, testigos de Jehová) que se diferencian de las primeras porque, además de usar la Biblia y difundir sus enseñanzas, plantean la inminencia del fin del mundo (Landázuri y López, 2004: 152).

Para esta investigación participó una persona perteneciente a la iglesia Bautista, y una más, en cuyo caso, la madre pertenecía a la iglesia de Cristo en México y su padre era católico, por lo que participó en ambas propuestas religiosas.

Percepción sobre la muerte

Juan Luis de León Azcárate (2007) define el imaginario religioso de la muerte como “[...] el conjunto de ideas, representaciones, imágenes y conceptos relativos a la muerte que el hombre, desde una perspectiva exclusivamente religiosa, ha intuido, creído recibir por revelación, reflexionado o experimentado” (De León, 2007: 14).

Y ha heredado, como el caso xochimilca, mediante la cohesión que significó el proceso de colonización y como parte de la identidad nacional del México Guadalupano. O en el caso de grupos evangélicos y pentecostales, por conversión y convicción. En todo caso, el sistema religioso ofrece un imaginario de la muerte que impacta en las prácticas rituales, aunque también se presentan casos en los que en una familia los padres practican distintas propuestas religiosas, de tal suerte que los hijos pueden experimentar incertidumbre.

Los xochimilcas tienen una conciencia particular sobre finitud ante la vida, comprenden que la vida es movimiento y la muerte descanso, que es parte de un ciclo, lo cual les motiva a vivir su cotidianidad con alegría, ya sea mediante la convivencia familiar, la participación en fiestas religiosas y civiles, así como en fiestas con motivos personales, las cuales también pueden incluirse a las celebradas en el Panteón Xilotepec, cuando se trata de un aniversario luctuoso o un natalicio, el Día de la Madre, el Día del Padre o el Día del Niño, entre otras. Dicha conciencia de finitud es mayor en los adultos mayores, o bien, entre los deudos, cuando éstos experimentaron una muerte cercana.

A pesar de esa conciencia de finitud, cabe destacar que la primera reacción de la mayoría de los informantes al responder a la pregunta sobre qué es la muerte para ellos, fue la de un silencio, incluso una mirada incómoda, ya que la muerte para los mexicanos no suele ser una broma, sobre todo cuando se trata de las personas más cercanas; es un tema que se intenta evitar.

Escatología: el cielo, el Mictlán y la muerte sedente

Desde la perspectiva de R. Schnackenburg (1971, citado en De León, 2007), la muerte y resurrección de Jesús fue el punto de partida histórico de la fe en Cristo, como se indica en Hechos 2:5 y en Corintios 15:3-5. De tal suerte que, en el imaginario de la muerte, el sacrificio expiatorio era necesario para el perdón de los pecados y para asegurar la resurrección en el Reino de Dios. En Xochimilco se implementó el modelo de evangelización franciscano, cuyo imaginario de la muerte contemplaba traducciones, de tal forma que los númenes mesoamericanos eran resignificados como demonios en el caso de *tzitzimil* y *coleletli*; el ángel caído o Lucifer era Tezcatlipoca; el infierno era el Mictlán y el paraíso terrenal podía asociarse con el Tlalocan en los ojos de Sahagún (López Meraz, 2014). Por consecuencia, el imaginario de la muerte nahua se vio cristianizado, el proceso de muerte fue visto como la transformación de la entidad anímica conocida como *yolotl*, por su viaje por el Mictlán, hasta convertirse

en una nueva semilla que renace (en el caso de la muerte por motivos naturales), re-interpretada como la estancia eterna en el reino de los cielos. Estas visiones contrapuestas han causado cierta confusión para los *católicos culturales*, quienes no muestran un consenso sobre el destino del alma al morir, sobre todo quienes tienen formación académica,⁴ ya que éstos mencionaron diversas hipótesis con las mismas posibilidades, sin que puedan ser comprobables, esperando que la vida después de la vida sea en otra dimensión, que les ofrezca tranquilidad y descanso; en el mejor de los casos, que puedan reunirse con sus ancestros en un entorno paradisiaco.

En el imaginario de la muerte nahua contemporáneo, la expiración no es un hecho inmediato; es un proceso que inicia con la muerte física y que culmina con el olvido. En medio se encuentra la convivencia con los vivos mediante ritos fúnebres anuales. Este imaginario es compartido por un sector cultural xochimilca, que lleva a cabo, por esto, una serie de rituales funerarios.

Cabe destacar que los xochimilcas que se autodenominan católicos practicantes, es decir, que son cercanos a la Iglesia, manifestaron un imaginario de la muerte acorde en términos generales con la doctrina romana, en tanto en que al morir el alma se va a vivir la vida eterna con Dios. Cabe precisar que cada católico practicante despliega un nivel distinto de acercamiento y de participación con la Iglesia.

En una perspectiva cercana, los xochimilcas evangélicos mostraron mayor certeza en el imaginario de la muerte cristiano, aludiendo al segmento bíblico que explica algunos detalles de suma importancia, como la separación inminente entre el alma y el cuerpo, así como la imposibilidad de cualquier tipo de contacto con el mundo de los vivos, pues tras la muerte el alma descansa inerte en espera del juicio final. Para los evangélicos, las acciones en vida serán las que determinen si son dignos de entrar en el Reino de Dios, tornándose un eje para la vida cotidiana. En consecuencia, los ritos funerarios suelen ser discretos y breves, y las sepulturas buscan ser sencillas.

En el caso de los xochimilquenses originarios de otros pueblos nahuas, éstos comparten aspectos generales con la cultura local, no obstante, mantienen relación con sus lugares de origen, y adoptan y comparten préstamos en su producción cultural. En su imaginario de la muerte está presente el Mictlán, como la última morada del alma, un lugar que sería el equivalente al paraíso.

Es importante mencionar que los imaginarios de la muerte dominantes son difundidos en los medios masivos de comunicación, apoyados de la industria cultural, para inculcar ciertos valores y creencias (Cegarra, 2012); por tal motivo, algunos

⁴ Para esta investigación, los informantes mencionaron biología, historia y arquitectura.

informantes apelaron a referentes filmicos como modelo para recrear su imaginario de la muerte. Una de esas películas nombradas fue *Coco* de *Disney/Pixar* (2017), en la cual se plasma la idea de la muerte como un proceso que finaliza con el olvido. Este imaginario es similar en otras experiencias descritas por antropólogos clásicos, entre ellos Tylor (1912) y Frazer (1944), quienes expusieron la creencia del viaje hacia el inframundo, para el cual, al momento de sepultar al cadáver, a éste se le acompañaba de distintos objetos que le auxiliarían en el trayecto.

En ese proceso de muerte, el ánima permanecía aún en tierra, y de no celebrarse los rituales necesarios, el muerto podría no trascender y compartir el espacio con los vivos, a lo cual Tylor denominó *la muerte sedente*.⁵ Y dado que el alma continúa conviviendo con los vivos, es necesario realizar ofrendas, oraciones y demás ritos propiciatorios para mantener su alma en paz y que no busque venganza. Este dato es importante ya que, durante las entrevistas en mi trabajo de campo, varios de los informantes me compartieron vivencias de este tipo de fenómenos, en los que perciben comunicación con sus muertos mediante experiencias sensoriales (visuales, audibles y aromas), así como la manifestación en sueños, ya sean premonitorios sobre la muerte de alguien o simplemente soñar con sus difuntos.

Esta *epistemología salvaje* en Xochimilco coexiste con la *epistemología occidental* y el protocolo funerario católico, con variaciones de acuerdo con grupo social al que se pertenece y al rol social que se desempeña como se mostrará en el siguiente apartado.

Ritos funerarios

Los rituales funerarios cumplen con distintos propósitos, entre ellos la superación del duelo y la continuidad en las relaciones sociales; por tanto, el funeral, y en general los ritos funerarios, suelen ser un reflejo de la vida que llevó la persona fallecida, como de tal suerte son las exequias de los miembros distinguidos de la sociedad, ya sea por su participación en las mayordomías del Niñopa, o por haber destacado en actividades artísticas, deportivas, educativas o culturales.

⁵ Algunas tribus dicen que el alma sigue rondando la choza donde vivió o que vaga cerca del cementerio, que es a veces el punto de reunión de la gente de la aldea, a fin de que las almas de los antepasados puedan mirarlos con cariño, como los ancianos sentados en los alrededores de las villas cuidan de los niños en sus juegos, o los espíritus volando a alguna región de los muertos en las profundidades de las selvas, o en las cimas de las montañas o en las remotas islas sobre el mar, o sobre las llanuras que están encima del cielo o en las profundidades que están debajo de la tierra, donde el sol desciende por las noches (Tylor, 1912: 408).

Cuando se tiene la clara sospecha de que uno de los miembros de la comunidad padece de alguna enfermedad o accidente que pone en riesgo su vida, se le solicita ayuda al Niñopa para que acuda al domicilio u hospital para sanar o para cumplir con una buena muerte. Esta práctica se ha aplicado en diferentes hospitales de la Ciudad de México (Mendoza y Rosas, 2019).

Otra actitud recurrente en los momentos de agonía, sobre todo cuando se trata de adultos mayores, es la de apelar a la *muerte domesticada*, es decir, aquella que Philippe Ariès (1984) ubicaba en la Europa medieval como *pública*, en la que se encontraban presentes los parientes, incluidos los infantes, y la expiración era aceptada con tranquilidad. Esta forma de afrontar la muerte está presente en la cosmovisión nahua xochimilca contemporánea: cuando una persona se encuentra en agonía en su domicilio, la familia le acompaña y le tranquiliza para que inicie con su proceso de defunción.

Después del deceso es necesario acudir a los servicios de una funeraria para que inicien con el embalsamamiento del cadáver; se compra el ataúd, se acude al cementerio para solicitar un espacio, y es en este punto cuando en la administración se indaga si se trata de un xochimilca o de un xochimilquense, para asignarle un lugar, o preparar el sepulcro cuando ya se posee una tumba familiar. También se inicia la preparación para el velorio, pues la costumbre de las familias tradicionales implica la celebración de un ritual público en el hogar. De acuerdo con Molina (2019), 90% de los sepelios usualmente tiene lugar en el domicilio del finado. En el caso de las exequias de las personas que han participado en la mayordomía del Niñopa, éstas llegan a reunir un centenar de dolientes.

Regularmente son los adultos mayores quienes poseen los conocimientos sobre cómo llevar a cabo los rituales funerarios; las generaciones más jóvenes manifestaron desconocer los detalles y significados, de tal suerte que para algunos estas prácticas pierden sentido, dejándolas de lado para buscar una mayor sencillez en la celebración.

Una de las primeras acciones a realizar cuando alguien fallece consiste en encender una luz y colocar un vaso con agua, con la finalidad de atraer al alma y colmar la sed de ella. En la puerta del hogar se coloca un moño, negro para los adultos y blanco para los infantes, así como para los jóvenes que no contrajeron nupcias, ya que este color es asociado a la pureza, color que también destaca en el féretro.

Después suele trazarse una cruz con cal debajo del ataúd, mismo que fungirá como cuerpo simbólico donde el alma se albergará durante nueve días. Cabe destacar que para los *católicos practicantes*, la cruz significa que Cristo los acompaña, bendice

y protege. Un elemento más que se suele disponer es el del mitigador de aromas, el cual es elaborado con una mezcla de vinagre y cebolla, y según algunos informantes, absorbe y purifica el ambiente. Algunos informantes dijeron desconocer el origen y propósito de dicha práctica, que también se lleva a cabo en diversas poblaciones nahuas, como en el Estado de México (Jalpa, 2014), y en la Ciudad de México, como lo registró Oscar Lewis (1961) en su etnografía *Una muerte en la familia Sánchez*.

También se erige una mesa-altar para el difunto, similar a la que se pone el Día de Muertos, con una fotografía, una veladora, un vaso con agua, sal. Cada día del novenario se le debe compartir el platillo que se ofreció a los invitados. En algunos casos se le ofrenda los tres alimentos del día. Respecto de la indumentaria, algunos xochimilcas expresaron como requisitos: vestirlos de blanco, colocar en sus manos una vara de rosa de castilla, calzarlos con huaraches, ya que se considera que el camino al más allá está lleno de dificultades, una idea cercana al camino al Mictlán, para los mexicas, como lo manifestó Marta:

Dicen que por donde caminan, según las creencias, que está muy feo, que es empedrado y que se lastiman los pies, y la vara que, porque también hay muchos perros, y que los perros supuestamente los ayudan a cruzar un río. La vara es para espantarlos, para que no los muerdan. Son cosas que te van diciendo las personas mayores (Marta, comunicación personal, 26 de febrero de 2020).

También es importante colocar dentro del ataúd un *itacate*, vocablo de origen náhuatl que se refiere a una provisión de alimentos que puede portarse para un viaje, o que como muestra de afecto se le obsequia a una persona que asistió a una fiesta. López Austin (1980) describió esta práctica funeraria en distintas poblaciones mesoamericanas, en las que al difunto se le colocaban “[...] alimentos, objetos para protegerse y acompañantes para su viaje hacia el *Tlalocan*, como lo expresan los numerosos enterramientos hallados en Tlatelolco, algunos de los cuales deben corresponder a los elegidos por Tláloc” (López Austin, 1980: 367).

Edith, una de las informantes, narra a continuación cómo efectúan esta práctica en el centro de Xochimilco:

En el ataúd se le pone el *itacate*, aquí nosotros mandamos a hacer unas *gorditas* como *tlacoyitos* y se colocan en una servilleta blanca; se hace su *molotito* y se le pone en el ataúd, es el *itacate* que va a llevar para el camino. Aquí la señora con la que los mandamos a hacer nunca me la ha cobrado, nos la ha regalado porque dice que es una ofrenda con que

ella coopera, incluso hasta la servilleta nuevecita blanca la señora las regala y ya manda el itacate, al menos a las personas que conoce, porque la familia de mi esposo es originaria de aquí del pueblo, entonces eran muy conocidas [Edith, comunicación personal el 21 de octubre de 2020].

Sin embargo, otro grupo de familias xochimilcas omite algunos puntos de la tradición y optan por utilizar la vestimenta que usualmente portaba su ser querido en la cotidianidad, o que en vida lo seleccionó para dicha ocasión; además, añaden algunos objetos que fueron apreciados, por ejemplo, una gorra, un reloj, zapatos, un *rosario*, un cambio de ropa, un bastón que lo proteja en el viaje e, incluso, se puede poner en el ataúd una bebida favorita, como el popular refresco Coca-Cola; es un acto personalizable, excepto por la cobija del Niñopa, que al estar bendecida durante la mayordomía, se considera que el frotarse con ella puede hacer que se recobre la salud (Mendoza y Rosas, 2019).

Algunos pobladores originarios que se identificaron como *católicos practicantes* señalaron que el camino lleva al cielo, mientras que los *católicos culturales* mencionaron al Mictlán, en ambos casos se le percibe como difícil y no inmediato, por lo cual es necesario cumplir con los rezos durante la novena.

En general, los ritos funerarios en Xochimilco suelen realizarse en un ambiente festivo, un mecanismo de defensa ante el dolor que produce la muerte. Es un momento en que se apela a la solidaridad por la red social compuesta por familiares, amigos, vecinos y conocidos, quienes se acercan a presentar sus condolencias, además de obsequiar arreglos florales y cirios. Es frecuente que entre más cercanos sean de los deudos, apoyen éstos a elaborar alimentos, así como grandes ollas de té y café, que repartirán entre los dolientes al finalizar el velorio.

La velación, para las familias tradicionales, transcurre durante dos días, en los que se debe acompañar al ser querido en todo momento, especialmente las personas más cercanas; en distintos momentos se reza un rosario, ya sea dirigido por una rezandera o rezandero o alguien que se ofrezca para dicha tarea, para lo cual se pueden descargar fácilmente los misterios desde los teléfonos inteligentes; en este sentido, la figura del especialista ritual va siendo menos requerido, especialmente por la propagación del Covid-19, epidemia que trastocó los rituales trasladándolos a los medios digitales.

Durante el velorio también se suele compartir bebidas alcohólicas y cigarrillos mientras se cuentan anécdotas; en algunos casos se hacen grupos por género: las mujeres suelen encargarse de la preparación de los alimentos, y los hombres, fumando en el área libre, organizan los aspectos formales.

En cambio, los xochimilquenses tienden a realizar la velación en un día, ya sea en los velatorios del Panteón Xilotepec o en alguna agencia funeraria del agrado de la familia. En el caso de los evangélicos, éstos celebran una ceremonia simple, ya que en su imaginario de la muerte ésta transcurre inmediatamente y sin retorno, de tal suerte que el cuerpo ya no es contenedor del alma. Los católicos que optan por la sala de velación, debido a las restricciones por las políticas de la empresa, deben abstenerse de colocar cualquier elemento ritual, como la cruz de cal, el mitigador de aromas o el sahumerio.

Tradicionalmente, cuando finaliza el velorio, los dolientes se despiden del difunto para dirigirse al templo de San Bernardino de Siena, donde celebrarán la misa de cuerpo presente. Algunos optan por hacer un recorrido hacia los lugares significativos para el fenecido: si son cercanos lo hacen a pie, de lo contrario pueden emplear vehículos. Algunas familias han suprimido el recorrido y se trasladan directamente al templo, o bien, la misa se oficia en el domicilio o sala de velación. Cuando se va a la iglesia se suele llevar un recipiente con agua para ser bendecida y posteriormente se emplea en el ritual de limpieza al concluir la novena.

Después se cuenta con la opción de ir al cementerio o al crematorio. En el primer caso, el cortejo fúnebre carga en los hombros el ataúd hasta llegar a la tumba previamente preparada por los trabajadores del cementerio. De acuerdo con el presupuesto económico, puede haber música en vivo de mariachis, tríos o norteños, o bien, los deudos pueden emplear dispositivos electrónicos como bocinas portátiles o teléfonos celulares. Una vez finalizado el entierro, el cortejo se dirige hacia la casa del difunto para degustar del banquete funerario. Para los xochimilcas tradicionales, el tabú del canibalismo les impide ofrecer carne en el menú; en cambio, cocinan arroz, mole verde o rojo, romeritos o frijoles adobados.

Al consumarse el novenario, comer carne deja de ser un tabú y, entonces, se cocinan carnitas o barbacoa como celebración del ascenso al cielo de su difunto. Algunas familias en el centro de Xochimilco ofrecen platillos como pollo con mole, pepitas de carne, tacos de guisados de acuerdo con los gustos y las posibilidades económicas. Existen casos en los que todavía en vida, las personas manifiestan los platillos que desean brindar describiendo sus favoritos. Otros, en cambio, buscan la sencillez en los alimentos, pues explican que ya es bastante su dolor como para agobiarse por el menú.

Cuando se elige la cremación como método para el tratamiento del cadáver, la familia tiene que esperar un lapso de aproximadamente cuatro horas para recibir las cenizas. Una vez que se han entregado, los deudos pueden optar por resguardar la

urna en uno de los nichos de los columbarios del panteón en el área de las salas de velación o de la entrada principal; en una cripta en el panteón o en algún templo de propiedad federal, cuyo pago por el depósito tiene un costo de 975 pesos, de acuerdo con el portal electrónico del Instituto de Administración y Avalúos de Bienes Nacionales. Una opción a la que se recurre, aunque vaya en contra de lo establecido por la Iglesia de Roma, es su resguardo en el hogar y el esparcimiento de cenizas en lugares significativos.

La popularización de la cremación ha ganado popularidad en las nuevas generaciones, la cuales, absortas en el mundo laboral, carecen del tiempo que requiere la celebración de los rituales funerarios, además, algunos manifiestan cierta apatía frente al esfuerzo que implica servir a la comunidad.

Para algunos xochimilcas el primer rezo del novenario inicia el día del entierro; en otros casos, cuando la familia está demasiado cansada, optan por comenzar la novena al día siguiente. En los nueve días que dura el ritual, los xochimilcas tradicionales reúnen cada objeto empleado con fines rituales: las flores, la cera que cae, la cruz de cal; lo resguardan en una caja para que una vez que finalice la novena, se lleve a enterrar al panteón, pues dichos objetos fueron impregnados de la esencia del muerto. Por ello, es importante no barrer el área designada al ritual, sólo se hace en los contornos, de lo contrario, se cree que el difunto puede interpretar que lo están echando. En familias *católicas practicantes* no llevan estos objetos al panteón, simplemente los tiran a la basura al final, pues no los consideran sagrados.

En el último día del novenario se lleva a cabo el *levantamiento de la mesa-altar*, dirigido por la rezandera o el rezandero con el objetivo de despedir al alma del difunto para que inicie su viaje al más allá en paz: se van recogiendo cada uno de los elementos que simbolizan el cuerpo del finado mientras se entonan cantos y oraciones, y a su vez, van bendiciendo el hogar esparciendo el agua bendita que se consagró en la misa de cuerpo presente. El tiempo que dura el ritual puede variar, regularmente tarda un par de horas y, al final, se ofrece una merienda a los presentes. Este ritual también es compartido por distintos pueblos nahuas, como lo ha demostrado la investigación de Alma Barbosa (2015).

Después, algunos suelen bendecir la cruz de hierro que contiene los datos de nacimiento, fallecimiento, y regularmente una frase en donde los deudos expresan su cariño y admiración, para colocarla en la tumba; en este caso asisten únicamente las personas más cercanas al difunto y después se les invita un banquete funerario. La tendencia actualmente es que acuda sólo la familia y se suprima la comida comunitaria.

Los ritos de separación del alma, posteriores a los nueve días de luto necesario, comprenden un periodo posliminar, en el que los xochimilcas pueden oficiar una misa mensual en honor al difunto o únicamente celebrar la misa al cabo de un año, periodo que, se considera, toma para llegar al cielo. Cuando el deudo era apegado al ser querido que falleció, suele continuar la relación visitándole en el cementerio para celebrar el día del nacimiento, de fallecimiento, las fiestas nacionales, los aniversarios y la fecha más importante, el Día de Muertos. Algunas personas sólo asisten al panteón en este día, lo que permite que se reúna la comunidad xochimilca, pues esta fiesta atrae a aquellos que se han ido a vivir a lugares diversos por distintos motivos.

Es común ver el uso de dispositivos electrónicos empleados para tomar fotografías que suben en sus perfiles personales de Facebook, como una extensión al mundo digital de sus prácticas privadas.

Conclusiones

La cultura xochimilca, en la actualidad, continúa haciéndose más compleja, como producto del crecimiento urbano, así como por los vínculos que se establecen, por matrimonio, con personas de distintos lugares de México o el extranjero; por esto, es posible notar una variedad de prácticas funerarias en los barrios y pueblos, que comparten, en lo general, el protocolo de la Iglesia católica y el protocolo funerario nahua, en algunos casos conscientemente y en otros como parte de la imitación que implica la reproducción cultural.

Fue notable que algunos pobladores originarios están cambiando su mentalidad en simpatía con modos de vida occidental, simplificando así los rituales funerarios. Los llamados *xochimilquenses* mantienen su identidad cultural, algunos buscan integrarse a la comunidad xochimilca y otros, al percibirse sólo como vecinos, participan poco en las actividades que éstos desarrollan. Esta población suele realizar ritos funerarios de una forma más sencilla, libre del tabú de canibalismo, e incluso, algunas familias suprimen los rituales, ya que hacen uso de los servicios funerarios que ofrecen las distintas agencias.

Bibliografía

ALEMÁN, Miguel, Israel GARDIDA, Ulises VALDERRAMA, Tzutzumatzin SOTO y Melchor SOTO, *De chile, mole y manteca. Comida y comunidad en Xochimilco*, México, Sociedad de Experimentación, 2018.

- ARIÈS, Philippe, *El hombre ante la muerte*, Madrid, Taurus, 1984.
- BARBOSA, Alma, “La cultura funeraria de las comunidades indígenas de México y el imaginario religioso mesoamericano”, *Sivô’ Revista de Teología/Revista de Estudios Socioreligiosos*, vol. 9, núm. 1, Costa Rica, Universidad Nacional de Costa Rica, 2015, pp. 133-152.
- CEGARRA, José, “Fundamentos teórico epistemológicos de los imaginarios sociales”, *Cinta de Moebio*, núm. 43, Santiago, Facso-Universidad de Chile, 2012.
- Censo de Población y Vivienda, 2020*, México, INEGI, recuperado de: <<https://www.inegi.org.mx/programas/ccpv/2020/#Tabulados>>, consultada el 5 de marzo de 2021.
- FRAZER, James, *La rama dorada. Magia y religión*, México, FCE, 1944.
- HERRERA MORENO, Ethel, *Restauración integral del Panteón de Dolores*, México, INAH-Arquitectos Profesionistas Conservadores del Patrimonio Cultural D-II-IA-2, 2007.
- , *El Panteón Francés de la Piedad como documento histórico: una visión urbano-arquitectónica I*, México, Secretaría de Cultura / INAH, 2013.
- JALPA, Tomás, “El chalchihuitl y el tzilacayotli: la esencia humana”, *Dimensión Antropológica*, año 21, vol. 60, enero-abril, México, INAH, 2014, pp. 7-36.
- LANDÁZURI, Gisela y Liliana LÓPEZ, “Tolerancia religiosa en Xochimilco”, *Política y Cultura. Tolerancia e Intolerancia*, núm. 21, México, UAM-Xochimilco, 2004, pp. 141-160.
- LEÓN Azcárate, Juan de, *La muerte y su imaginario en la historia de las religiones*, Bilbao, España, Universidad de Deusto, 2007.
- LEWIS, Oscar, *Una muerte en la familia Sánchez*, FCE, México, 2011.
- LÓPEZ AUSTIN, Alfredo (1980), *Cuerpo humano e ideología*, México, IIA-UNAM.
- LÓPEZ MERAZ, Oscar, “Imaginario franciscano en Nueva España, siglo XVI: demonio, paraíso terrenal, seres fantásticos y sucesos maravillosos”, *Amerika. Mémoires, identités, territoires*, núm. 11, 2014, recuperado de: <<http://journals.openedition.org/amerika/6353>>, consultada el 27 enero 2022.
- MASFERRER, Elio, *¿Es del César o es de Dios? Un modelo antropológico del campo religioso*, México, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades-UNAM / Plaza y Valdés, 2004.
- MENDOZA, Carlos y Víctor ROSAS (coords.), *La Fiesta de los Muertos en Xochimilco*, México, INPI, 2019.
- MOLANO, Olga, “Identidad cultural un concepto que evoluciona”, *Opera*, núm. 7, mayo, Bogotá, Colombia, Universidad Externado de Colombia, 2007, pp. 69-84, recuperado de: <<https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=67500705>>, consultada el 18 de octubre de 2021.
- MOLINA, Gilberto, Los velorios y las tradiciones desterradas por el Covid-19. Once noticias prestigio informativo, 2019, recuperado de: <<https://www.facebook.com/watch/?v=859071591279226>>, consultada el 29 de enero de 2022.
- PERALTA FLORES, Araceli, “El Niñopa: símbolo de identidad cultural xochimilca”, *Antropología. Revista Interdisciplinaria del INAH*, núm. 73: *Misceláneo*, México, 2004, recuperado de: <<https://revistas.inah.gob.mx/index.php/antropologia/article/view/2997>>, consultado el 31 de enero de 2022.

- , *Xochimilco y su patrimonio cultural. Memoria viva de un pueblo lacustre*, México, INAH (Científica, 579), 2011.
- , “Arquitectura novohispana de Xochimilco”, recuperado de: <https://www.facebook.com/watch/live/?v=1797424417102380&ref=watch_permalink>, consultada el 27 de octubre de 2020.
- PÉREZ ZEBALLOS, Juan, *Xochimilco ayer II*, México, Delegación Xochimilco-GDF / Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2003.
- REINA GRANADOS, Ricardo, “Códice núm. 34 resguardado en la BNF: testamento de don Miguel Damián, principal de Xochimilco”, tesis de licenciatura en etnohistoria, ENAH, Ciudad de México, 2011.
- TYLOR, Edward, *Antropología. Introducción al estudio del hombre y de la civilización*, Madrid, España, Manuel Jorro Editor, 1912.